

CUADERNILLO DE TEMAS FOLKLÓRICOS

REDACCIÓN Daniel Antoniotti - Raúl Lavalle

Editor responsable: Raúl Lavalle

Dirección de correspondencia:

Paraguay 1327 3º G [1057] Buenos Aires, Argentina

tel. 4811-6998

raullavalle@fibertel.com.ar

nº 5 – 2010

Número dedicado a la Navidad y el folklore

LA NAVIDAD EN LA TRADICIÓN ARGENTINA¹

OLGA FERNÁNDEZ LATOUR DE BOTAS

La importancia de la Navidad en las diferentes culturas es insoslayable, basta pensar en las contemporáneas adecuaciones de la celebración que muchos cristianos y no cristianos realizan reemplazando su verdadera razón de ser, el nacimiento de Jesús, por la emergencia de otras entidades remotamente -o ni remotamente- relacionadas con aquel hecho histórico, como el simpático Santa Claus o Papá Noel en su trineo, el decorativo abeto o pino, la chimenea, el tronco, las ramas de muérdago o enebro, los lazos de colores, las campanitas, todo lo cual ilustra bellamente tarjetas, papeles para envoltorios, utensilios hogareños.

Cada uno de esos símbolos procede del universo mítico de distintas comarcas, generalmente europeas, conjugado en diversos tiempos y lugares con la gran Buena Nueva del cristianismo y conlleva narraciones encantadoras que forman parte de tradiciones muy antiguas, algunas con remotos antecedentes pre-cristianos, de sus tierras originarias. Al trasladarse a América y al resto del mundo, primero en el bagaje de los viajeros y colonizadores y posteriormente en la cinta continua de una información niveladora cada vez más influyente, estas creencias y costumbres han ido tomando características nuevas en cuya iconografía prima, sin embargo, la evocación de ambientes invernales y paisajes nevados, propios del mes de diciembre en el hemisferio norte. Y se mantienen también, bien es sabido, hábitos alimentarios asociados a la fiesta que son propios del clima frío y hasta contraindicados en el tórrido, como las frutas secas, nueces, avellanas, panes dulces con levadura y otras delicias con muchas calorías.

¹El presente trabajo fue publicado anteriormente, en forma más breve, en la revista *Todo es historia* y en un escrito editado por la Hermandad del Santo Pesebre. Lo presentamos aquí entonces, gracias a la amabilidad de su autora, en toda su extensión. [Nota de la Redacción]

Más allá de la humana ternura con que se contempla especialmente a la infancia en tiempo de Navidad y a la comprensión con que vemos a quienes, sin ser cristianos, desean ofrecer a sus niños una fiesta plena de seducción, es claro que en función de éstos y transferentemente de los adultos también, la idea dominante en la "publicidad navideña" que conduce los comportamientos masivos de la gente, es la de crear espacios y generar medios apropiados para la aparición del gran símbolo de la Navidad globalizada: el regalo.

Nada hay de malo en esto y a todos nos encanta saber que, para Navidad, debemos pensar más que nunca en los otros -conocidos o desconocidos- para sorprenderlos con aquello que los haga felices y, por qué no, esperar con ilusión que nos toquen también algunos buenos pensamientos materializados en ¡regalos!

Frente a esa Navidad consciente de la niñez humana pero muchas veces desentendida del advenimiento de Jesús -sin el cual la fiesta carece de sentido-, es bueno recordar que en la Argentina podemos hallar con esencia viva otras -celebraciones más ligadas al cristianismo y especialmente a la tradición del catolicismo hispánico que llegó a nuestras tierras sudamericanas.

Todas las provincias argentinas poseen, en su patrimonio tradicional, manifestaciones navideñas en las cuales el centro y corazón de la fiesta es un ámbito sagrado, esencialmente hogareño, llamado "pesebre" o "nacimiento", que se construye figurando el establo de Belén donde nació Cristo el 25 de diciembre, según la teofanía basada en las actas quirinales que comenzó a practicarse en Antioquía, por influencia de San Juan Crisóstomo, hacia el año 315 (Miguel Angel Etcheverrigaray, 1963).

Un número variable de figuras humanas -la Virgen y San José, los pastores, los tres reyes o magos de Oriente montados en camellos y portadores de oro, incienso y mirra-, animales -como el buey y el asno o mula tan próximos que calientan al recién nacido o los rebaños lejanos-, y entidades sobrenaturales -los ángeles, la estrella de Belén-, adoran al Niño Dios representado como un bebé en pañales y, generalmente, en actitud de bendecir.

Como ocurre siempre en los procesos de folklorización, la transferencia a América de las costumbres navideñas españolas comportó la producción local de variantes de los hechos, y así como la celebración invernal europea se convirtió en fiesta de verano en Sudamérica; también muchas de las costumbres de la primavera y el verano septentrionales se hicieron presentes, adaptadas, en nuestra fiesta del Advenimiento. Una de las manifestaciones más visibles de tal adecuación es la presencia de las danzas de trenzar, prehistóricas en Europa y –según algunos también en América- vinculadas con los cultos arbóreos de mayo y primavera, entre las prácticas navideñas mantenidas, por ejemplo, en la provincia de Jujuy.

Rituales no navideños del tiempo de Navidad

La celebración de la Natividad de Cristo se ubica en un ciclo del año litúrgico cristiano llamado "de Navidad o del misterio de la Encarnación", que comprende tres "tiempos". El primero es el tiempo preparatorio de Adviento que se inicia cuatro semanas antes de la Nochebuena del 24 de diciembre. El segundo es el tiempo de Navidad por el cual, según los teólogos, se nos pone a la vista del Verbo encarnado, "que se reproduce en nosotros", y de su Epifanía, es decir el de su manifestación al mundo, que se extiende desde el 24 de diciembre hasta el 14 de enero. El tercero es el tiempo "después de Epifanía" que va desde el 14 de enero hasta Septuagésima, en el que se recuerda la infancia y la vida oculta de Jesús en Nazaret y se nos manifiesta su divinidad.

Dentro de ese ciclo, en el calendario folklórico de las distintas regiones argentinas se encuentra una amplia gama de fiestas y rituales populares, no siempre ortodoxos, que marcan, no obstante, la opción regional en cuanto al "clima" de la fiesta que es su centro.

En algunos casos se trata de celebraciones etiológicamente oscuras, como ocurre con la fiesta de San Esteban Chico que se realiza en Sumamao, provincia de Santiago del Estero, entre los días 20 y 26 de diciembre de cada año con prolongación de los rezos y sobre todo de los bailes y diversiones, hasta la Epifanía del Señor y Fiesta de los Reyes Magos que se celebran el 6 de enero. Una pequeña imagen del protomártir cristiano da lugar allí a esta celebración de alto contenido dramático, asociada a la concepción sacra del árbol, con un ritual cruento de auto-flagelaciones penitenciales y sangrías y otro caritativo (la ceremonia de las *íchas* o reparto de golosinas a granel), en la que intervienen representantes de instituciones populares propias del culto americano criollo como los alféreces, los promesantes, los celebrantes y los "indios". Quien más profundamente ha estudiado esta "fiesta ritual americana", Bernardo Canal Feijóo, ha llegado a una conclusión sorprendente: se trata de una Navidad que ha olvidado al Niño. Como vemos, no sólo en la sociedad de masas puede ocurrir un fenómeno de esta especie.

Otra fiesta de singulares características que se realiza en tiempo de Adviento es el *Tincunacu* o encuentro entre la imagen del Niño Alcalde, adorada en la Iglesia de San Francisco, y la de San Nicolás de Bari, vicepatrono de la ciudad de Todos los Santos de la Nueva Rioja, que se venera en la catedral de esa provincia. Los promesantes pertenecen todos al mismo pueblo riojano pero van vestidos con atuendos ceremoniales distintivos ya sea de los cofrades "europeos" de San Nicolás, ya de los "indios", del infantil Alcalde del Mundo, que se denominan "*ayllis*". Un ancestral cantar en desfigurada lengua quechua, el "*Año Nuevo Pacari*", un bello ceremonial de "vestir" el arco bajo el cual durante toda la novena canta el "Inca" con su "tamborcito" ritual, van prefigurando el momento pleno de emoción del "encuentro" que se realiza finalmente frente a la Casa de Gobierno el día 31 de diciembre. En ese "*tincunacu*" se repite el milagro anual de ver cómo el gran santo, llevado en andas por sus señoriales devotos, se inclina frente a la majestad del Niño Alcalde que parece bendecir a la Humanidad desde sus propias andas conducidas por "*ayllis*", portadores de varas ornamentadas y adornados ellos mismos con vinchas, escapularios y espejitos.

Por fin, no podemos olvidar la fiesta de San Baltasar, documentada en Corrientes y en Misiones -y conocida también en el Paraguay-, que es la celebración con que los "cambá" (literalmente "negros"), reverencian al Rey Mago de esa raza en coincidencia con la fiesta cristiana de la Epifanía y de adoración de los Reyes de Oriente a Jesús en Belén, que la Iglesia conmemora, como se ha dicho, el día 6 de enero. Celebración a medias aprobada por la Iglesia, moviliza sin embargo a todos los estamentos sociales y a las instituciones civiles y hasta policiales del lugar donde se realiza. Plena de colorido, ya que el rojo es de rigor en ella, la fiesta del "santito" Baltasar tiene sus propios cantos y bailes, entre ellos la "charanda", el "candombe" y el "pericón de San Baltasar" documentados cuidadosamente por Alicia Quereilhac de Kussrow en su notable obra *La fiesta de San Baltasar. Presencia de la cultura africana en el Plata* (1980).

Todas estas ceremonias, originadas en circunstancias sociales y culturales particulares, constituyen muestras de las distintas maneras en que las comunidades expresan su relación con lo sobrenatural. Elementos que proceden de culturas aborígenes precolombinas y otros propios de las culturas africanas trasplantadas han sido asimilados, con similar valor simbólico de identificación, a los que emanan del santoral católico o de la historia sagrada del cristianismo. Presentes en ellas las nociones de penitencia, de ofrenda, de purificación, se insertan en el calendario folklórico como marco para el hecho central de este ciclo que aparentemente soslayan pero que en realidad presuponen: el nacimiento de Jesús.

Significados del pesebre

El mismo acto de armar el pesebre es una suerte de «minga», como se les llama a las fiestas en que los invitados colaboran con el anfitrión en la realización de alguna tarea apropiada, como hilar lana, desgranar choclos, fabricar dulces, y muchas otras, a cambio de comida, bebida y regocijo general.

No existe una técnica única para su confección, pero es frecuente que se construya, en un ángulo del recinto elegido, una tarima de madera de dimensiones variables como base y sostén de una rama de árbol o poste que llegue hasta el techo y desde allí se haga bajar una lona que cubrirá todo y constituirá el fondo de la escenografía: aquí pintada de verde por el pasto, allá de marrón y otros colores terrosos, más lejos, con las necesarias arrugas y pliegues tomará forma y color de montañas nevadas o no, y por sobre todo ello el cielo, azul oscuro, en el que ha de destacarse la estrella de Belén, con cola de cometa.

Según la tradición histórica. Los más antiguos pesebres con figuras de barro que se conocen son los del siglo IV, descubiertos en excavaciones arqueológicas de las catacumbas de San Sebastián (país Vasco, España). Por influencia de San Francisco de Asís (creador del primer pesebre viviente), la idea de los nacimientos con figuras de barro se consolidó como tradición en la península itálica y luego en toda Europa, de donde pasó a América. No importó aquí a los misioneros que se incluyeran como ofrendas y ornamentos del "nacimiento" elementos ajenos al paisaje de Belén, puesto que la presencia de todo tipo de animalitos en el pesebre, lo mismo que la de los demás elementos de la naturaleza, simboliza la adoración universal de

todo lo creado al Hijo de Dios hecho hombre. Para ampliar el número de estos tributarios con su presencia, es común que los niños, activos colaboradores en estas tareas, soliciten a sus mamás espejitos para colocarlos en el piso del pesebre, rodeados de arena o tierra, a fin de imitar lagos y ríos en los cuales se ubican figuritas de pasta semejando patos autóctonos y exóticos cisnes. Pero en materia de aves, la que no falta es la representación del gallo o "gallo tornasol" -de tan profundo simbolismo cristiano-, mencionado hasta en el nombre de la Misa de Nochebuena o Misa de Gallo y en coplas de villancicos como:

A las doce de la noche
un gallo nos despertó,
con su canto tan alegre
diciendo "Cristo Nació...

Estos elementos locales y actualizados son los que dan notas de a veces sorprendente originalidad a los pesebres regionales sin miedo al anacronismo que, sin duda, es norma en la iconografía del milagro navideño. Ya lo ha dicho, con referencia a España, José María Pemán cuando recordaba: "Todavía esos inconscientes teólogos, que son los niños, han llegado más allá en la supresión del tiempo junto al misterio redentor, y han colocado en sus mundos de barro y corcho, a la vera del portal, ferrocarriles, transatlánticos y autobuses". Y concluía: "Por todos los caminos y por todos los medios, el mundo ha sido irreverente con la arqueología del nacimiento, como para reverenciar su sustancia etérea sin fecha ni lugar. Todos han concebido, pintado o cantado Su Navidad" (Revista *Mundo Hispánico*, Madrid, 1949).

Los magníficos testimonios reunidos bajo la dirección del poeta Rafael Jijena Sánchez en la obra *La Navidad y los pesebres en la tradición argentina*, publicada por la Hermandad de Santo Pesebre en 1963, nos hablan de una inagotable riqueza creativa en este sentido. Como ejemplos recordemos lo aportado por Carlos Villafuerte respecto de Catamarca, con la introducción de elementos regionales como collas con sus recuas de llamas, un "tumuñuco" con alas desplegadas colgando del pico de una montaña, y hasta iguanas, tortugas, quirquinchos y jculebras embalsamadas! De costumbres cordobesas habla allí Julio Viggiano Esain y, en primer lugar, de la de hacer los pañales para el Niño Jesús que "ha de venir desnudito y pobre", lo cual consistía en realizar todo tipo de sacrificios personales con cuyo entramado espiritual se irían tejiendo dichos "pañales" de ofrenda.

Guillermo Perkins Hidalgo y José Cruz Rolla se refieren a los nacimientos de Corrientes recordando las ofrendas típicas de frutas y hortalizas regionales y especialmente la decoración del pesebre, en base a cartón pintado y a una profusión de helechos y otras plantas entre las que se destaca el "*Mitá-rupá*" nombre que significa, precisamente "cuna del Niño".

Cantares folklóricos navideños

Romances y copias constituyen las formas poéticas fundamentales del folklore en el ciclo de la Navidad.

Los romances son en todos los casos de origen español, ya que este tipo de composición monorríma con número indeterminado de versos octosílabos de rima asonantada en los pares y los impares libres (según la fórmula consabida 8 *abcdbbeb...* ó bien 8 + 8 *aaaaa...* como propuso don Ramón Menéndez Pidal), no dio piezas criollas originales por preferirse en nuestro país, absolutamente, la forma en cuartetos (8*abcb*) cuando no la décima espinela (8 *abba,accddc*) para cantares narrativos. Algunos toman la métrica del romancillo hexasílabo (6 *abcdbbeb...*) que, como veremos, se asocia estrechamente con el cancionero de nanas y coplas de cuna que cantan las madres y abuelas a sus niños. En otros casos se pierde decididamente la forma monorríma y se pasa a la cuarteta o directamente a una irregularidad que, gracias al sostén rítmico y melódico de la música, no afecta la eficacia del canto.

Por lo general se inscriben, desde el punto de vista temático, en el bello repertorio de cantares marianos, dado el protagonismo que la Virgen María, Madre de Jesús, tiene en sus argumentos.

Aunque no puede designárselos de una sola manera, ellos son conocidos popularmente como "A Belén Ilegar", "Del Nacimiento" o "La Virgen y San José", "La Virgen y el ciego" o "La fe del ciego", "Llanto de la Virgen" o "En la punta de aquel cerro", "Madre en la puerta hay un Niño", "Soledad de la Virgen", "Por el camino del cielo" y algunos otros.

La historia sagrada aparece en estos cantares con toda su frescura, aunque las formas canónicas de la poética del romancero se vean transgredidas en aras de la espontaneidad de una externación por el canto que muchas veces presenta interpolaciones de otras rimas y elementos diversos en función enriquecedora ejercida por la libertad del que lo canta. Generalmente quien dirige el canto es una mujer que entona "*a capella*" los versos en grupos de cuatro, seis o más según lo exija el hilo argumental, para que inmediatamente sean repetidos por los presentes de acuerdo con una técnica habitualmente utilizada en los cantos de iglesia. Para ayudar su memoria, la conductora del canto -que es, por lo común, la dueña de la casa donde se ha rezado la novena ante el pesebre- posee a veces un cuaderno o libreta donde se encuentran las letras manuscritas con irregular grafía.

Otro momento vinculado con la Navidad se refleja en un hermoso romance mariano que en España se conoce como "El llanto de la Virgen" y fue anotado también en La Rioja y Tucumán:

En la punta de aquel cerro
hay una casa muy linda,
no es hecha por carpintero

ni por la carpintería,
quel'hecho Nuestro Señor
parala Virgen María,
las ventanas son de oro,
las puertas de pedrería.
Por una ventana abierta
estála Virgen María
con el Niñito en los brazos
que llorando lo mecía
- ¿Por que llora mi Señora,
por pañales, por mantillas?
- Yo no lloro por pañales
ni tampoco por mantillas,
lloro por los pecadores
que mueren todos los días:
el Infierno ya está lleno
yla Gloria está vacía.

Y no podemos dejar de recordar el precioso romance de la "La fe del ciego" cuya versión recogida en Tucumán por nuestro maestro don Bruno C. Jacovella dice:

La Virgen va caminando,
caminito de Belén,
como el camino es tan largo
al Niño le ha dado sed.
-Calla Niño de mi vida,
calla Niño de mi bien
que allí, adonde vamos ,
hay un lindo naranjel.
El dueño de las naranjas
es un ciego que no ve.

-Ciego, dame una naranja
para al Niño entretener.
-Pase, mi señora y corte
las que sean menester.
Como la Virgen es corta
no tomaba más que tres.
Una le dio a su Niñito
Otra le dio a San José,
y otra quedó en sus manos
parala Virgen oler.
Mientras la Virgen cortaba
más volvía a florecer.
Con la bendición, el ciego,
abre los ojos y ve.
-¿Quién será esta Señora
que me hace tanto bien?
Sin duda será María,
que pasa para Belén.

Una de las características más interesantes de la temática navideña, evidente en el ejemplo anterior, es la habitualidad con que el cancionero popular se escapa de la tiranía cronológica y de la realidad del medio histórico, social, cultural y natural de los hechos narrados por los relatos evangélicos para crear situaciones cuya irrealidad evidente es menos fuerte que el poder de su mensaje de espiritualidad y trascendencia. Ya hemos hecho mención de los fundamentales anacronismos en la representación del Misterio, pero quisiéramos destacar algunos. Cuando dice, por ejemplo, una coplita que puede cantarse como villancico o recitarse como “loa” ante el pesebre:

San José era carpintero
yla Virgen panadera
y el Niño lleva la cruz
porque ha de morir en ella.

nos encontramos en el mismo clima del que surgieron, por ejemplo, obras pictóricas como "El Niño de la espina" del español Francisco Zurbarán (1598- 1664)

Las danzas del pesebre.

Sobresalen entre estas expresiones los llamados "bailes de Adoración" como El Puente, la Estrella y la Cadena - danzas de conjuntos de parejas documentadas por Pedro Berruti en la provincia de Jujuy- que, desde las culturas criollas andinas de Perú y Bolivia, se proyectan en nuestro territorios al son de huaynos adaptados con coplitas españolas o híbridas (español-quechua), como famoso Huachitorito que el mismo autor anota como danza ejecutada por un niño y una niña:

Huachi torito pucllanqui

Niño bonito caguanqui.

Al Niño recién nacido

todos le ofrecen un doné;

yo soy pobre, nada tengo,

le ofrezco mi corazóné.

Huachi to, huachi torito,

torito del portalito,

no me cornies con tus aspas,

corniame con tus amores.

En la ciudad de Jujuy, por cuidado especial de los vecinos de uno de sus barrios, especialmente la familia Tolaba, se ejecuta -hasta que yo he sabido y documentado personalmente siguiendo el camino de nuestro máximo coreólogo el maestro Carlos Vega- la "danza de las cintas".

Otrora famosa en fiestas cívicas y religiosas, esta danza colectiva, realizada en nuestro territorio para Navidad exclusivamente por niños – dato importante destacado por el ilustre estudioso Fray Salvador Santote O.P.- se considera emparentada con el culto prehistórico del árbol europeo, pero se han hallado también testimonios gráficos de la existencia de especies similares en América precolombina (Olga Fernández Latour, "Las danzas del pesebre", 1963). A quien la observa se presenta como una suerte de juego infantil de memoria, atención y destreza: doce o más niños colocados en ronda en torno de un mástil -de cuya cima penden otras tantas cintas de colores-, toman cada uno una cinta y comienzan a cantar villancicos

mientras realizan evoluciones de tal manera que llegan a formar sobre el mástil un trenzado perfecto para luego destejerlo al son de nuevos cantos y mediante movimientos coordinados de sentido inverso.

La musicóloga Isabel Aretz, en sus formidables trabajos de investigación sobre música y costumbres tradicionales de la Argentina, nos da noticias de otros bailes ya no vigentes en la década de 1940 –la de su investigación- pero de los cuales se tenía memoria en las provincias del noroeste, sobre todo en La Rioja: se trata de "Don Pascual", "el Turumbé" y el Baile de las Pastoras". En general, estas danzas estaban relacionados con antiguos Autos Sacramentales o dramatizaciones de pasajes evangélicos como los Reyes Magos, de la matanza de los Inocentes ordenada por Herodes, la huída a Egipto de la Sagrada Familia, etcétera.

Las representaciones dramáticas de dichos pasajes de la historia sagrada han sido frecuentes desde muy antiguo y quien inició, en 1223, en la ermita de Greccio, Italia, la costumbre de realizar para Navidad "pesebres vivientes" fue el mismo padre del "pesebrismo": San Francisco de Asís. La costumbre se extendió por toda Europa y, en territorio ibérico, se ha documentado en Cataluña a partir de 1300. En nuestro país suele mantenerse esa práctica piadosa en las iglesias o al aire libre, organizada, generalmente por los párrocos o las congregaciones religiosas locales. El centro de la escena, doblemente enternecedor por su humanidad real y por su divinidad simbólica es, naturalmente el niño que, llevado en brazos por su mamá -o por alguna tía o amiga más joven- en el papel de Virgen María, representa a Jesús.

Según nuestros propios recuerdos de infancia, los regalos para los chicos, tanto en Buenos Aires como en el interior del país, se hacían en la noche del 5 al 6 de enero, cuando colocábamos en lugares adecuados los bien lustrados zapatitos y también pasto y baldes con agua para los camellos de los Reyes Magos que, puntuales e invisibles, hacían realidad el milagro repetido. Pero no estamos hablando solamente de hechos pasados ya que la investigación de la Navidad en el extremo noroeste de la Argentina tiene, en la actualidad, una notable importancia en los trabajos de campo de la Magister María Azucena Colatarci, que desde hace años continúa realizando registros de esta entrañable costumbre y estudiándolos con rigor científico.

Hay algo más que tal vez sea bueno destacar en esta aproximación a las Navidades criollas de la Argentina. En relación con la infancia se patentiza aquí aquel conocido dicho de que "todo el año es Navidad", porque, en las coplas de cuna, nanas o arrullos que las madres y abuelas cantamos para hacer dormir o tranquilizar a los pequeños, reaparecen las personas, las situaciones, las palabras y la música de los villancicos. Y cuando decimos:

-Señora Santa Ana

¿por qué llora el Niño?

Por una manzana

que se le ha perdido.

hay un inmenso mundo de ternura que va desde la escena de la abuela de Dios con su Divino Nieto hasta nuestros propios hijos y nietos, y más allá aún, sin diferencias, a los hijos y nietos de toda la Humanidad, reencontrada en Jesús para borrar el episodio bíblico de la manzana de perdición que la expulsó del Paraíso. Fiesta de lo humano y lo divino, la

Navidad criolla es fiel a las más puras tradiciones cristianas y refleja, con gran riqueza de matices, la originalidad regional de nuestro pueblo.